

Ludwig Wittgenstein

Por D. A. T. G.

A. C. J.

Ludwig Wittgenstein, que fué Profesor de Filosofía y Fellow del Trinity College en Cambridge, ha muerto (1). Su única obra publicada, salvo una corta comunicación en 1929 a la Aristotelian Society, fué el célebre *Tractatus Logico-Philosophicus*, cuya versión inglesa apareció en 1922. El haber escrito este libro, aceptado ya plenamente por su novedad, profundidad e influencia, hubiera bastado para convertirlo en uno de los filósofos más importantes de este siglo. Muchos son los que han desarrollado o discutido las numerosas sugerencias, oscuras pero fructíferas, que abundan en la obra. Pero en los últimos veinte años de su vida Wittgenstein abandonó el *Tractatus* y produjo y enseñó en Cambridge un modo completamente nuevo de filosofar. De este trabajo posterior no se ha publicado nada (2). Y, sin embargo, su influencia en la filosofía de Australasia, en la americana y en la inglesa, es evidente para quien compare lo que los filósofos escribían hace veinte años con lo que muchos de ellos mismos escriben hoy en día. Y quizá resulte aún más evidente si se compara la técnica de discusión verbal de entonces con la de ahora. Y esta influencia la consiguió Wittgenstein enseñando anualmente a un pequeño grupo de estudiantes de Cam-

(1) Este artículo fué publicado en "The Australasian Journal of Philosophy", Vol. XXIX, N.º 2, con motivo de la muerte de WITTGENSTEIN.

(2) Con posterioridad a este artículo han aparecido ya dos de las obras póstumas de

WITTGENSTEIN: *Philosophische Untersuchungen*, ed. por G. E. M. Anscombe y R. Rhees, Oxford, 1953, y *Bemerkungen über die Grundlagen der Mathematik*, ed. por G. H. von Wright, R. Rhees y G. E. M. Anscombe, Oxford, 1956.

bridge. Era natural, por lo tanto, que resultase una figura misteriosa para aquellos que no formaban parte de su círculo.

Esta breve nota no trata de explicar la filosofía de Wittgenstein, sino sólo de decir algo sobre su marco, es decir, de dar, mientras los recuerdos aun están vivos, una respuesta parcial a las preguntas: ¿Qué clase de hombre era Wittgenstein? ¿Cómo enseñaba?

¡No había nada misterioso en Wittgenstein. Era una figura universitaria y se hablaba mucho de él sin conocerlo. Pero lo importante era el trabajo al que dedicaba sus esfuerzos. Acostumbraba a explicar dos tardes por semana durante el curso, empezando generalmente a las dos. En los últimos años las clases solían durar dos horas, pero en los años del cuarto decenio de siglo duraban más, a veces más de cuatro horas. Tenían lugar algunos años en la habitación de Wittgenstein, encima del pórtico de Whewell's Court, y otras veces en una pequeña clase de Trinity o en las habitaciones de otra persona. Al entrar en su habitación para asistir a la conferencia se encontraba uno con quince o veinte sillas de madera y una silla de escritorio colocada frente a la chimenea, delante de la cual había una estufa de antracita de hierro, negra. A la derecha, debajo de la ventana, una mesa de caballete con papeles. Sobre el mantel, una bombilla de poca potencia en un flexo. Detrás de nosotros, un pequeño estante con dos o tres libros. Wittgenstein esperaba de pie, mirando alguna que otra vez un reloj que sacaba del bolsillo de la chaqueta. Era un hombre bajo, poco corpulento, con pantalones grises, camisa de cuello abierto y chaqueta de golf de ante. Su cara era rojiza y de líneas profundas, sus ojos muy azules y su pelo (en los años treinta) castaño y rizado. Sus oyentes eran todos aquellos que estudiaban seriamente Ciencias Morales, un número equivalente de los que habían acabado ya esos estudios; uno o dos estudiantes no graduados de otras asignaturas, un profesor de filosofía, quizá otro de matemáticas, y uno o dos estudiantes de Ultramar venidos para investigar.

Cada año las conferencias trataban de algún problema filosófico —del enigma de las “otras mentes”, por ejemplo, o de la naturaleza de las proposiciones matemáticas—. Pero cualquiera que fuese el problema —tal era la técnica de Wittgenstein— a fin de año se habían tocado y aclarado, directa o implícitamente, la mayor parte de las cuestiones filosóficas. Al principio la técnica resultaba sorprendente. Se daba ejemplo tras ejemplo. A veces los ejemplos eran fantásticos, como cuando se nos invitaba a considerar la extraña conducta lingüística o de otro tipo de una tribu salvaje. (Así, por ejemplo: “Supongamos que los miembros de una tribu adornan las paredes de sus casas escribiendo en ellas filas de números arábigos,

y supongamos que lo que escriben es exactamente igual que lo que escribiría una persona que realizase cálculos aritméticos. Lo hacen siempre *exactamente*, pero sólo lo utilizan para la decoración interior, no empleándolo nunca para calcular cuánta madera necesitan para construir una cabaña o la cantidad de alimentos de una fiesta, etcétera. ¿Diríamos que hacen matemáticas?). A veces el ejemplo era sólo una constatación de un hecho familiar. Siempre se daban los detalles concretos del caso, descritos en el lenguaje corriente. Casi todo lo que se decía era de fácil comprensión y se trataba, por regla general, de cosas que nadie hubiera discutido (“No diré nada en lo que ustedes puedan no estar de acuerdo conmigo —dijo una vez Wittgenstein— y si hay algo con lo que no están de acuerdo, lo dejaré y buscaré otra cosa”).

La dificultad considerable para seguir estas conferencias provenía del hecho de que resultaba difícil ver a dónde llevarían todos esos detalles concretos, que a menudo resultaban reiterativos —cómo se relacionaban entre sí los ejemplos y qué relación tenían con el problema que estábamos acostumbrados a plantearnos antes en términos abstractos—. La historia de la tribu tenía, después de todo, interés; estábamos de acuerdo en que en la vida real la aritmética formaba parte de operaciones como la fabricación de una silla o la adquisición de alimentos y de que para los matemáticos puros lo más importante de los cálculos matemáticos era a menudo su *encanto*. Pero a veces nos sentíamos como si quisiéramos hacer una protesta del tipo de “lo que yo quiero saber es si las proposiciones de las matemáticas *son* sintéticas *a priori* y qué tiene todo esto que ver con mi problema?”

Wittgenstein dió una vez en sus conferencias la siguiente descripción de su procedimiento (lo que aparece aquí y en otros sitios como una larga cita no es una transcripción de notas tomadas en la época, sino una reconstrucción aproximada basada en recuerdos de lo que se dijo): “Al enseñarles filosofía soy como un guía que les muestra cómo deben desenvolverse en Londres. Tengo que llevarles a través de la ciudad de Norte a Sur, de Este a Oeste, de Euston al malecón y de Piccadilly a Marble Arch. Después de muchos viajes con ustedes a través de la ciudad, en todas direcciones, habremos pasado varias veces por cada una de las calles—atravesando una misma calle en distintos viajes—. Al final ustedes conocerán Londres y podrán desenvolverse como un nativo. Como es natural, un buen guía les llevaría con mayor frecuencia por las calles más importantes y menos por las laterales; un mal guía haría todo lo contrario. Y en filosofía soy un guía bastante malo...”

Por lo general Wittgenstein nos prevenía al empezar el año de

que no estaríamos satisfechos con sus conferencias, pues hablaría de ese modo horas y horas sin gran resultado. Indudablemente no era insensible al tipo de público que le escuchaba. Quería un pequeño grupo de personas que, sabedores de lo que les esperaba, estuviesen dispuestas a dedicarle un año agotador aprendiendo filosofía. Los visitantes, incluso los visitantes distinguidos que querían asistir sólo a unas pocas conferencias "para ver lo que hace Wittgenstein", no eran bien venidos, pero sí cualquiera que quisiese aprender seriamente *filosofía* (y no sólo oír a Wittgenstein). Y si teníamos que trabajar mucho, el propio Wittgenstein trabajaba muchísimo. Hablaba sin notas. Era evidente que preparaba con todo cuidado cada conferencia habiendo planeado antes la estrategia general y pensado los numerosos ejemplos. Pero en muchas conferencias volvía a pensar todo de nuevo, en voz alta. Los alumnos participaban a veces brevemente, aunque generalmente para sugerir algo como respuesta a alguna pregunta que se les hacía. A veces Wittgenstein se interrumpía diciendo: "¡Un momento, déjenme pensar!", y se sentaría unos minutos inclinado sobre el borde de la silla contemplando la palma de la mano vuelta hacia arriba. O exclamaba con sinceridad y vehemencia: "¡Esto es *endiabladamente* difícil!".

Al principio no se sabía a donde iría a parar la conversación. Uno no veía, o sólo veía vagamente, el objeto de los numerosos ejemplos. Sólo después, a veces, llegaba uno a darse cuenta de repente. A veces la solución del problema se aclaraba de golpe y todo encajaba. En esos momentos uno sentía algo parecido a lo que los matemáticos quieren dar a entender cuando hablan de la belleza de una prueba elegante. La solución, una vez vista, parecía simple y evidente, la llave indispensable para abrir muchas puertas a las que antes se había llamado en vano. Uno se preguntaba cómo no había dado antes con ella y cómo era posible que los otros no lo viesen. Pero si se trataba de explicarlo a otro que no lo veía no podía conseguirse sin repetir toda la larga historia una vez más. Wittgenstein describió una vez la situación de la filosofía del modo siguiente: "Es como si un hombre estuviese en una habitación frente a una pared en la que hay pintadas una serie de puertas imitadas. Deseando salir trata en vano de abrirlas todas, una por una, una y otra vez. Pero es inútil. Y no se da cuenta de que a sus espaldas está la verdadera puerta y de que todo lo que tiene que hacer es volverse y abrirla. Para ayudarlo a salir de la habitación lo único que tenemos que hacer es conseguir que mire en otra dirección. Pero esto es difícil de conseguir, ya que deseando salir se resiste a todos los intentos de volverse hacia un sitio distinto de aquel en donde cree que se encuentra la salida".

Wittgenstein sostenía que ninguna respuesta a una cuestión filosófica tenía valor a menos que su destinatario la necesitase. Esto suponía el intento de hacer ver que realmente se necesitaba esa respuesta. Y a esto hay que añadir "que esperaba demostrar que todos estábamos más confundidos de lo que creíamos". Es justo decir que trataba de abrirse camino ante una pregunta de modo natural y no técnico, como lo haría cualquier hombre sincero que pensando por su cuenta se enfrentase con ella. ("Debéis decir lo que realmente pensáis como si nadie, ni siquiera vosotros, pudiese oírlo". "No intentéis ser inteligentes; decirlo, y sólo después dejad paso a la inteligencia"). Son muchos los que opinan que todavía es pronto para saber si puede darse cabida a este ideal bajo la forma de un libro; y si así se hiciera podríamos discutir hasta qué punto tal libro se parece a un libro de filosofía.

Resulta claro que Wittgenstein no era un hombre religioso, en el sentido convencional. No presentó nunca de modo extenso sus opiniones religiosas y si lo hubiese hecho no hubiera podido resumirlas sin dar lugar a malentendidos. Lo siguiente puede dar sin embargo una pista sobre su actitud: Un estudiante que estaba muy deprimido y atribuía esta situación a la filosofía de Wittgenstein se dirigió a él diciéndole: "La vida me parece vana y sin objeto. Dentro de unos años habré dejado de existir. Y el que siga habiendo vida humana no es ningún consuelo. Podrá durar todavía millones de años, pero a su debido tiempo el sol se enfriará, la vida se extinguirá y todo quedará como si la vida no hubiese existido". Wittgenstein respondió: "Suponga usted que está sentado en una habitación frente a una puerta completamente negra. Se sienta usted y la contempla fijamente, grabando en su mente el hecho de su negrura y diciéndose a sí mismo sombríamente una y otra vez ¡Esa puerta es negra! ¡Esa puerta es *negra*! Después de un rato se sentirá fácilmente triste y sentirá que la negrura de la puerta es el hecho melancólico que había producido la tristeza".

Respetaba totalmente a las personas religiosas, así como a los filósofos que realizan el trabajo que han elegido y siguen la forma de vida que han escogido del mejor modo posible. A veces trataba incluso de convencer a los estudiantes que esperaban convertirse en filósofos profesionales para que no lo hiciesen y escogiesen un trabajo "decente", como el de capataz de mina o granjero. Parecía sentir, al parecer, que la vida de un filósofo era agotadora y muy absorbente, y no debía tomársela a la ligera, sino con sobriedad y conciencia. Le horrorizaban las ligerezas, las opiniones filosóficas conseguidas a la ligera, sin una dedicación total, honesta y esforzada a la búsqueda personal de la verdad. No toleraba a aquellos que sos-

tenían opiniones filosóficas simplemente porque estuviesen de moda o porque las hubiese sostenido algún filósofo eminente, y sobre todo a aquellos que sostenían sus opiniones simplemente porque eran las de Wittgenstein. (Por lo mismo hablaba respetuosamente de Freud, al que consideraba como un gran hombre, pero simpatizaba poco con la mayoría de los seguidores de Freud). Así por ejemplo, en una época en que el "Principio de la Verificación" estaba de moda en muchos sitios, dijo en el Club de Ciencias Morales: "Hubo cierta época en que yo solía decir que para aclarar el empleo de una frase resultaba una buena idea hacerse la pregunta: ¿Cómo trataría uno de verificar esta proposición? Pero este no es sino uno de los modos de aclarar el empleo de una palabra o una proposición. Así por ejemplo, otra pregunta que a menudo es útil preguntarse es: ¿Cómo se aprende esta palabra? Pero algunas personas han convertido esta sugerencia de preguntar por la verificación en un dogma, como si yo hubiese propugnado una *teoría* del significado".

En cuanto filósofo, Wittgenstein parecía trabajar con independencia casi completa de otros filósofos, salvo sus alumnos y ex alumnos. En sus conferencias no mencionaba casi nunca a nadie por su nombre, ni citaba ni discutía lo escrito por otros, excepto alguna que otra vez en que se ocupaba de algún punto y aclarando que alguien se lo había planteado.

Eligió sus amigos y compañeros entre aquellos de los que le rodeaban que le parecía—juzgados por su severo criterio—estaban interesados seriamente en la filosofía. Hablaba mal de aquellos cuya conversación "no procedía ni del corazón ni de la cabeza".

No puede decirse que Wittgenstein se sintiese feliz con el efecto de su obra. Parecía creer, acertada o erróneamente, que las cuestiones filosóficas eran mucho más difíciles de lo que a su juicio pensaban muchos filósofos. Habló de la "falta de verdadera perplejidad" en la obra de un conocido movimiento filosófico. De otros filósofos, cuyo trabajo fué claramente influido por algunas de sus enseñanzas, se le oyó decir (y con poca evidencia) que eran "más lingüistas que filósofos", ya que en su opinión no se enfrentaban con los problemas de modo natural, sino que hacían encajar las situaciones en moldes lingüísticos preparados. Durante algún tiempo habrá sin duda de discutirse qué modo de filosofar resulta preferible y si hay que distinguirlos de modo tan terminante como aparentemente lo hacía Wittgenstein.

No entra dentro del objeto de esta memoria hablar de la actividad no filosófica de Wittgenstein. Era un hombre de gran sensibilidad estética. Daba sus conferencias en una prosa suelta y viva. Sus comentarios ocasionales sobre cuadros eran los de un hombre que

penetraba en la intención del artista. Pensó durante un breve tiempo dedicarse a la música como carrera. Dijo de un miembro de la Universidad que criticaba a Blake: "No entiende de filosofía, ¿cómo puede esperarse de él que entienda algo como la poesía?"

Hay muchos tipos de excelencia humana. Y no es la menor de ellas la excelencia del que consagra su vida, dejando todo lo demás, al intento de hacer una sola cosa muy bien. Es lo que Wittgenstein hizo. Hasta qué punto lo consiguió es algo que decidirán los que vengan después de nosotros.

(Traducción de José Luis Fernández de Castillejo).